

Diario de viajes



Diario de viajes

Virginia Woolf

Traducción y edición
de
Vanesa Sánchez Montesión

 **tetraherido**



Primera edición: julio de 2024
Selección de textos de Virginia Woolf
© de la traducción: Vanesa Sánchez Montesión, 2023
© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2023
Avda. Pumarín, 7, Oviedo - 33001
www.editorialletraherido.com
ISBN: 978-84-128337-2-0
Depósito legal: AS 01738-2024
Maquetación y diseño: Ed. Letraherido.
Imagen de la cubierta: *Postcards* E.L.
Impreso en España por Safekat S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 - 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

Diario de viajes

Índice

Yorkshire	11
Francia.....	21
Wiltshire.....	35
España	51
Stratford-upon-Avon	63
Escocia	65
El New Forest	71
Italia	75
Los Fens.....	89
Alemania.....	103
Cornualles	109
Irlanda	127
Holanda.....	135
Sussex	137
País de Gales	149
Grecia.....	153
Wells.....	179
Turquía.....	183
Londres	197

Yorkshire

Los páramos de Yorkshire se declararon parque nacional en 1952, por su valor natural. Sin embargo, probablemente, el mayor atractivo de la región para Virginia Woolf fuera de carácter literario. Haworth, la residencia de las hermanas Brontë, «el santuario al que íbamos a rendir homenaje», se encontraba en las cercanías. Virginia Woolf cruzó el páramo a pie para conocer Haworth y, como curiosidad, el recuento de su experiencia se convirtió en el primer artículo que público jamás. Durante su primera visita se hospedó en casa de su primo Will Vaughan, que era profesor en una escuela local, y durante su segunda, en 1906, en una habitación de alquiler en Giggleswick.

Nuestra excitación cuando nos acercábamos a Haworth tenía un elemento de suspense que era realmente doloroso, como si fuéramos a encontrarnos con un amigo del que habíamos estado alejados mucho tiempo, que podía haber cambiado en ese tiempo, pues teníamos una imagen clara de Haworth por la prensa y las fotografías. En cierto momento nosotros entramos en el valle, en cuyos lados se alza el pueblo y justo en la cima de la colina, mirando

a su parroquia, nosotros vimos la famosa torre oblonga de la iglesia. Esta señalaba el santuario al que íbamos a rendir homenaje.

Podría haber sido el efecto de una imaginación simpática, pero yo creo que hay buenas razones por las que Haworth ciertamente no le parece a una exactamente melancólico, sino sombrío y vulgar, lo que es peor para los propósitos artísticos. Las casas, hechas con piedra marrón amarillenta, datan de principios del siglo XIX. Suben el páramo paso a paso en pequeñas tiras aisladas, a cierta distancia unas de otras, con lo que el pueblo en lugar de ser una mancha compacta en el paisaje se las ha arreglado para tener un fragmento entero entre sus manos. Hay una larga línea de casas en el lado del páramo, con grupos alrededor de la iglesia y una parroquia con un pequeño grupo de árboles. En la cima el interés para una amante de las Brontë se vuelve de repente intenso. La iglesia, la parroquia, el Museo Brontë, la escuela en la que enseñó Charlotte y el Bull Inn donde Branwell bebía están todos a tiro de piedra unos de otros. El museo es sin duda más bien una colección de objetos pálidos e inanimados. Hay que hacer un esfuerzo por mantener las cosas lejos de estos mausoleos. Pero la elección está a menudo entre ellos y la destrucción, así que debemos estar agradecidos por el cuidado que ha preservado mucho de lo que tiene gran interés, bajo cualquier circunstancia. Aquí hay muchas cartas manuscritas, dibujos a lápiz y otros documentos. Pero lo más conmovedor —tan conmovedor que una apenas se siente reverente en sus propios ojos— es el cofre que contiene las pequeñas reliquias personales, los vestidos y los zapatos de la mujer muerta. El destino natural de tales cosas es morir antes que el cuerpo que las llevó y gracias a que estas han sobrevivido, por más insignificantes

y transparentes que sean, Charlotte Brontë la mujer cobra vida y una se olvida del hecho principalmente memorable de que fue una gran escritora. Sus zapatos y su vestido fino de muselina la han sobrevivido. Otro objeto emociona, la sillita de roble que Emily llevaba consigo en sus paseos solitarios por el páramo y en la que se sentaba, si no para escribir, como dicen, para pensar que probablemente sea mejor que escribir.

La iglesia, por supuesto, excepto parte de la torre, se ha renovado desde los días de las Brontë, pero queda ese cementerio extraordinario. La vieja de edición de *Vida* tiene en su portada una pequeña impresión que marca el tono del libro, parecía ser todo tumbas, las losas estaban clasificadas, usted caminaba por una acera con nombres de muertos escritos; las tumbas habían invadido solemnemente el jardín de la misma parroquia, que era como un pequeño oasis de vida en el centro de la muerte. Esto no es una exageración de artista, porque nosotras descubrimos que las losas parecen salir del suelo en líneas altas y verticales, como un ejército de soldados silenciosos. No hay un palmo de tierra sin dueño; de hecho, la economía de espacio es algo irreverente. En los viejos días un camino marcado, que sugería las losas de las tumbas, llevaba de la puerta delantera de la parroquia al cementerio sin que ningún seto o pared lo cortara; el jardín era prácticamente el cementerio, los sucesores de las Brontë, sin embargo, queriendo un pequeño espacio entre la vida y la muerte, plantaron un seto y varios árboles altos, que ahora separan el jardín de la parroquia completamente. La misma casa está exactamente igual que en los días de Charlotte, excepto por la ala nueva que se ha añadido. Es fácil ignorar eso y entonces usted tiene la parroquia rectangular, cuadrangular, hecha con la piedra amarillenta y fea que sacan de la cantera en el páramo de detrás, exactamente como se hacía cuando

Charlotte vivió y murió allí. Dentro, por supuesto, los cambios son muchos, pero no tantos como para oscurecer la forma original de las habitaciones. No hay nada notable en una parroquia victoriana, aunque ocupada por genios, y la única habitación que despierta curiosidad es la cocina, ahora usada como antecámara, en la que las chicas paseaban mientras concebían sus obras. Otro lugar tiene cierto interés oscuro, el receso oblongo detrás de la escalera al que Emily llevó su *bulldog* durante la famosa pelea y lo ató mientras le daba una paliza. Por lo demás es una parroquia pequeña y sobria, como muchas otras de su especie. Fue gracias a la cortesía de su habitante actual que nos permitieron inspeccionarla, en su lugar yo me sentiría inclinada a menudo a exorcizar a los tres fantasmas famosos.

Solo queda una cosa: la iglesia en la que Charlotte oraba, se casó y ahora yace enterrada. La circunferencia de su vida fue muy estrecha. Aquí, aunque mucho está cambiado, quedan unas pocas cosas que hablan de ella. La losa que lleva los nombres de la sucesión de niños y de sus padres —sus nacimientos y muertes— es lo primero que llama la atención. Nombre sigue a nombre, ellos murieron a intervalos muy cortos; Maria, la madre, Maria, la hija, Elizabeth, Branwell, Emily, Anne, Charlotte y finalmente el viejo padre, que los sobrevivió a todos. Emily solo tenía treinta años y Charlotte era nueve años mayor. «El aguijón de la muerte es pecado, y la fuerza del pecado es la ley, pero alabado sea Dios que nos da la victoria a través del señor Jesucristo». Esta es la inscripción que se ha puesto bajo sus nombres y con razón, porque por más dura que fuera la lucha, Emily y sobre todo Charlotte lucharon hasta la victoria.

Artículo en Guardian, 21 de diciembre, 1904

La viajera solitaria empieza su viaje en un estado mental plácido y natural. Si usted también es una, entonces tiene extrañamente muy poco en qué pensar, sus necesidades se satisfacen muy fácilmente. Así de tranquila y despreocupada viajé yo de una punta de Inglaterra a la otra, pregunté poca información, encontré trenes y carruajes, dirigí mi equipaje y deposité todo en casa de la Sra. Turner, en Giggleswick, deliciosamente tarde, porque no le importaba a nadie.

No es más que la habitación escrupulosamente limpia y prosaica que yo quería; y de momento mi soledad ha sido exquisita y deliciosamente divertida. ¿Cuándo cenaré? ¿Cuándo desayunaré? Me acomodo de acuerdo a mi propio gusto y luego la puerta se cierra y yo puedo leer durante dos horas tranquilamente si me apetece. El único sonido que me distrae es el Northern Express volando a Edinburgo.

Esto no es un aposento engreído de las afueras, bajo la puerta de un parque; el páramo se alza en olas todo alrededor, grandes peñascos dibujan un telón de fondo, una vista sombría en el ocaso de abril y los aromas silvestres del páramo entran por la ventana abierta.

Giggleswick es un pueblecito discreto del norte, limpio y simple, libre de ruindad y vulgaridad en virtud de la nobleza de la tierra en que se encuentra.

Abril, 1906

El páramo se ha entregado por completo a las ovejas y está dividido por muros de piedra, ningún árbol o seto crece en él. Usted ve aquí y allí una casa de piedra lóbrega en la falda de la montaña, en la que viven pastores. En muchos

sentidos esta tierra es como Cornualles, pero no tengo tiempo para describir las diferencias. Todas las ovejas tienen sus corrales y son por lo tanto osadas e incluso desafiantes.

Usted encuentra fortificaciones extrañas en el páramo, fosos y murallas, construidos tan bien que o bien la naturaleza fue el arquitecto o algún hombre primigenio.

Abril, 1906

El contraste es parte del encanto. Usted camina por depresiones muy suaves, que se pliegan en hundimientos muy pronunciados y están delimitadas por finas hileras de árboles. Es un terreno ondulado y suave, que carece de la majestad abrupta del páramo, pero lo sobrepasa en cierto tipo de encanto; una especie de *pathos* que se debe a su conexión más inmediata con los primeros seres humanos. Una granja gris, con su jardín amurallado, haría mucho por humanizar una gran parte del campo. Y quizás con eso una no quiera decir algo en absoluto alegre y doméstico, sino más bien melancólico y atractivo; porque la tierra sigue siendo una cosa medio domada, con el miedo de la libertad en los ojos de todas las criaturas.

Durante dos horas no me encontré con nadie, sino que escuché los gritos y lamentos raros de los chorlitos y los zarapitos, pasando cerca de mi cabeza, porque la tarde casi no tenía nubes y era singularmente cálida.

Abril, 1906

Aquí todos los árboles son rojos y púrpuras, pero no verdes todavía. No es una tierra muy sensible a los cambios

de estación, imagino yo. En invierno es casi igual. Hace dos mil años era igual que hoy por la tarde, en esa continuidad estriba su grandeza y estabilidad singular, quizás. Dentro de dos mil años puede estar igualmente sin cambios.

Abril, 1906

Hoy se vio el fenómeno singular y más bien placentero de ver caer grandes copos de nieve del cielo azul intenso. Pero eran simplemente de prueba, o decorativos, y cesaron a mediodía. Sin embargo, por la tarde, caminando a Lawkland, había una luz blanca e intensa en la cima de Ingleborough, que de hecho es suficientemente majestuoso para velar ocasionalmente su corona entre las nubes. Fue un paseo encantador, a lo largo del valle. Nosotros nos encontramos a un pastor explorando apenado un canal que cortaba la carretera. Uno de los corderos, aparentemente, había caído en el canal, que se extendía por los campos y había ido probablemente demasiado lejos para sacarlo con vida. Un mechón de lana en el arbusto mostraba dónde se había perdido. El cuidado atento y ansioso que los pastores dedican a cada cordero del rebaño sorprende a la visitante; los corderos parecen innumerables y sus destinos tan insignificantes. Pero cada campo está lleno de estos detalles que son hechos importantes para un ojo experimentado.

Lawkland es una vieja casa señorial, demasiado pequeña para restaurarse y así un espécimen hermoso de construcción simple y doméstica, justo al lado de la carretera para que todo el mundo pueda verla. Todos sus aguilonos elegantes y tracerías gastadas están ilesas y está flanqueada por casas rústicas de campesinos, quizás todavía más antiguas.

Usted ve qué ordenada y autosuficiente era la vieja casa y quizás todavía es, porque aislada en el páramo de Yorkshire necesita de todos sus recursos.

Las Matronas de Giggleswick se sientan en cóncave esta tarde para organizar la acogida de niños pobres. Escuderas sustanciosas, gobernando sus muchos acres con pulgares capaces, mujeres de párrocos, cotillas de pueblo, etcétera, etcétera, pero la clase alta de Yorkshire es distinguida y decidida. Han venido conduciendo desde parroquias y casas distantes y se marchan ruidosamente de nuevo, en carros y carretas.

Abril, 1906

Hoy fue memorable, por lo menos por un paseo verdaderamente exitoso a un lugar llamado Feizor, un nombre como de mago...

Nosotros entramos en un extraño valle entre dos páramos, todo hierba, con rebaños y ganado rumiando, pero ninguna casa o criatura humana. Se extendía un buen trecho, aislado del viento o cualquier ruido mundanal, un valle encantado entre páramos grises, y finalmente miramos Feizor, un pueblecito de casas rurales, un centro, supongo, para esta tierra de pasto.

Yo pensé qué destino más raro era vivir en una vieja casa de piedra todos los días de la vida en un pueblo de Feizor cuando todo el mundo está abierto a una. La carretera que lo une a la vía principal está cubierta de hierba y mientras caminábamos por ella nos encontramos con una especie de chatarreros, haciendo un refugio con la capota del carro, poniendo sus utensilios domésticos en una zanja. Ellos saltaron y nos pidieron cerillas, si hubiera estado sola habría

sido incómodo. Usted podía ver la expresión elemental de exigencia en la cara del hombre, como si su instinto natural fuera pedir a otra gente que le suministrara cosas. El páramo melancólico alrededor nuestro, como una audiencia trágica, o coro, mirando en silencio, se volvió negro y velado con niebla. Empezó a llover y el campo parecía encantado con ese cambio de humor. La tormenta y el mal tiempo le sientan mejor que los cielos tibios e inocentes. ¡Pero palabras! ¡Palabras! Usted no encontrará nada que haga justicia a la imagen!

Abril, 1906

Francia

Fuera de los escritores ingleses, el gran héroe literario de Virginia Woolf fue probablemente Michel de Montaigne. Los ensayos del gran escritor francés quizás sean la razón de su francofilia, o quizás fuera un rasgo que compartiera con la clase culta inglesa de su época. Sea como fuere, Francia fue el país al que más viajó a lo largo de su vida, dieciséis veces, pasando en total seis meses en el país. Además, como apunte curioso, Francia fue el primer y el último viaje que hizo Virginia Woolf al extranjero. En 1896, cuando tenía 14 años, viajó a Francia acompañada de su familia. Cuarenta y tres años después, en 1939, viajó acompañada de su marido Leonard. Los diarios y cartas de Virginia Woolf revelan una constante y es el deseo de comprar una casa en aquellos destinos por los que se sentía más atraída. Francia no fue una excepción, pero Virginia Woolf nunca realizó su sueño de tener casa en Francia, acaso porque, a pesar de todo su amor por la literatura francesa, nunca dominó el idioma.

Viajar a Francia

Usted, que cruza el Canal una vez al año, probablemente ya no ve la casa de Dieppe, ya no siente, mientras el